

Igualdad de carácter

Fernando Torre, msp.

Conocemos personas cuyo estado de ánimo cambia con frecuencia; en un momento están alegres o son amables, y minutos después están tristes o son intratables.

Con un «corazón voluble» (Sal 78,8) nos será difícil la relación con los demás y ni siquiera estaremos a gusto estando solos.

Si nuestro humor es desigual, deberíamos llevar al pecho un letrero que indicara nuestra disposición interior: enojado, triste, alegre, sereno, ansioso, angustiado, no te acerques, abrázame... Así evitaríamos desconcertar a los demás o herirlos.

A este respecto, Conchita le dice a Teresa de María: «Te falta igualdad de carácter. Esta virtud es muy difícil pero, con la gracia, se llega a conseguir. Igual arriba que abajo, en penas que en alegrías, después de un calvario o de un tabor. Que en todas partes y a todas horas, Teresa sea un Jesús, dulce, paciente, alegre, afable, humilde y lleno de caridad.»¹

Por “*igualdad de carácter*” podría entenderse también estar *siempre* enfadado, deprimido... Por eso, Conchita le dice a su hija que debe tener un carácter como el de Jesús de Nazaret.

«Es muy difícil» la igualdad de carácter, dice Conchita. Pero ella misma nos da la receta para conseguirla; tiene tres ingredientes: uno es la gracia del Espíritu Santo; los otros dos son el proponérselo y la intercesión de María². Y esto debe ser cocinado a fuego lento, pacientemente.

En la medida en que vayamos logrando la estabilidad de ánimo, iremos dejando de ser esclavos de nuestros sentimientos y de depender de las cambiantes circunstancias o de la oscilante aceptación de los demás.

La igualdad de carácter no se logra negando o reprimiendo los sentimientos ni luchando por controlar todas las circunstancias y personas, sino siendo dueños de nosotros mismos y teniendo el control de nuestra vida.

¹ Carta escrita el 19 abr 1923, en *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 382.

² Cf. *Cartas a Teresa de María*, México 1989, 314.